



LAWRENCE  
FREEDMAN

LA  
GUERRA  
FUTURA

Un estudio  
sobre el pasado  
y el presente

CRÍTICA

## Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

Introducción

Primera Parte

1. Batallas decisivas
2. Batallas no concluyentes
3. La casa de la discordia
4. La crueldad como vía para la victoria
5. Paces fallidas
6. Guerra total
7. El equilibrio del terror
8. Atrapados en la era nuclear
9. Una paz sorpresiva

Segunda parte

10. La ciencia de la guerra
11. Balance de víctimas
12. Guerra y democracia
13. Guerras nuevas y estados fallidos
14. Odios ancestrales y maldiciones minerales
15. Intervención
16. De las medidas contra la insurrección al antiterrorismo
17. Del antiterrorismo a las medidas contra la insurrección
18. El papel de la barbarie
19. Más vale curar que prevenir

Tercera parte

20. Guerras híbridas
21. Ciberguerra
22. Robots y drones
23. Las megalópolis y el cambio climático
24. Las guerras que se avecinan
25. El futuro de la guerra futura

Bibliografía

Agradecimientos

Notas

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre  
una  
nueva forma de disfrutar de la lectura

---

**¡Regístrate y accede a contenidos ex-  
clusivos!**

Primeros capítulos  
Fragmentos de próximas publicaciones  
Clubs de lectura con los autores  
Concursos, sorteos y promociones  
Participa en presentaciones de libros

---

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

## SINOPSIS

Sir Lawrence Freedman, el más prestigioso representante actual de los estudios de estrategia, nos ofrece una visión distinta de la historia de la guerra desde fines del siglo XIX, pasando por las dos guerras mundiales y la guerra fría, hasta la actualidad. Freedman no nos habla de armas o batallas, sino de la forma en que en cada momento las sociedades que se enfrentaban a un conflicto se prepararon para él a partir de las previsiones, casi siempre equivocadas, de políticos, militares o novelistas. Ello le permite ofrecernos una visión innovadora de este presente de guerras híbridas, de robots, drones y ataques cibernéticos, en que los expertos prevén que un nuevo conflicto será distinto a todos los conocidos en la historia, para alertarnos de los riesgos de volver a equivocarnos en nuestras previsiones sobre una próxima guerra futura.

LAWRENCE FREEDMAN

# LA GUERRA FUTURA

Un estudio sobre el pasado y el presente

Traducción castellana de  
Tomás Fernández Aúz

CRÍTICA  
BARCELONA

*Para sir Michael Howard  
profesor, mentor y amigo*

## Introducción

Mi oficio requiere coraje y atrocidades.  
Sin condenarlas las observo.  
Levanto acta de lo ocurrido,  
con toda la fidelidad que me permite la memoria.  
No pregunto «por qué», pues sé bien que siempre es por  
lo mismo.  
Las guerras estallan porque quienes las declaran se creen  
llamados a ganarlas.

MARGARET ATWOOD,  
«The Loneliness of the Military Historian»,<sup>1</sup> 1995.

En la mitología griega, los dioses de la guerra eran fuente de caos y miseria. Una vez desatado, Ares se transformaba en un ser tan peligroso como aterrador. Su acompañante, Enio, destruía ciudades, y sus hijos eran la personificación de la discordia, el miedo y el espanto. Del nombre de Pólemo, hermano de Enio, procede la poco utilizada palabra «polemología», que es el estudio de la guerra, y la más frecuente «polémica», con la que se designa el lenguaje agresivo. En la literatura griega, Pólemo es la encarnación de la guerra despiadada. Una de las fábulas de Esopo nos cuenta cómo se las arreglaron los dioses para encontrar pareja, subrayando lo difícil que le resultó a Pólemo encontrarla. Al final solo quedó Hibris. Se trataba de la diosa del orgullo temerario y arrogante, noción que nos ha dejado la voz inglesa «hubris»,\* que podemos traducir por «soberbia». Pólemo quedó locamente enamorado de Hibris y la acompañaba adondequiera que fuese. La moraleja del relato acon-



seja a las naciones del mundo que jamás permitan que *Hbris* se inmiscuya en sus asuntos, puesto que, de lo contrario, la guerra no andará lejos.

También los romanos asociaban la guerra con las intrigas de los dioses. La *Eneida* de Virgilio destaca el carácter insaciable de la guerra, pues no hay contendiente que salga indemne de sus Furias, sobre todo cuando el conflicto alcanza el grado de «discordia» o enfrentamiento civil. Sin embargo, también alcanzaban a entrever motivaciones y objetivos nobles en la guerra. Al transformarse en el romano Marte, el dios Ares se eleva en dignidad y recibe los elogios reservados a un custodio del pueblo, dejando de considerársele fuente de perturbación. En Roma, Enio se convertirá en Belona, a quien se representa provista de escudo y espada. Se le consagraba específicamente un templo y en él se daba audiencia a los embajadores extranjeros, se proclamaba a los generales victoriosos y se formalizaban las declaraciones de guerra. Pero no por ello hemos de pensar que Belona fuera en modo alguno una deidad tranquila. En la Roma primitiva, la forma de rendirle honores pasaba por la realización de sacrificios humanos y la ingesta de sangre. Su papel consistía en enardecer a los soldados e instarles a cometer actos violentos. En su descripción, Virgilio nos dice que portaba un látigo ensangrentado.

El nombre de Belona procede de *bellum*, la voz que usaban los latinos para designar la guerra. El término conserva su vigencia, pues no en vano calificamos de «belicosas» o «beligerantes» a las personas o naciones proclives a la guerra. Sin embargo, los poetas y literatos ingleses del primer milenio juzgaban que *bellum* se aproximaba muy inapropiadamente a la palabra *bellus*, «belleza». Esto les animó a buscar alternativas, y la expresión que acabó sustituyéndola en la lengua inglesa fue la alemana *werran*, que significa algo similar y guarda relación con el vocablo anglosajón *worse*, peor. *Werran*\* se transformó en *weorre* y de ahí mutó a *warre* en Gran Bretaña, y a *guerre* en Francia.

Por consiguiente, ya de antiguo la guerra va asociada a la confusión y la discordia, pero también al honor y la defensa de cuanto juzgamos supremamente valioso. Este carácter dual de la guerra implica que el impulso que la origina brota de la puesta en riesgo de algo que tiene verdadera importancia para nosotros, aunque la forma que adopta la respuesta a ese peligro sea inherentemente destructiva, indócil, difícil de controlar y de contener. Esta es la razón de que la guerra suscite unas emociones tan contrapuestas. Por un lado, su sola mención evoca las siniestras consecuencias de cualquier conflicto, ya que la guerra puede arrancar de cuajo el corazón de las comunidades. Por otro, puede dar pie a movimientos de extraordinaria solidaridad, pues en su desarrollo hay numerosos momentos trágicos y dolorosos, presididos por la crueldad y la destrucción, pero también conmovedores instantes de heroísmo. Los artefactos bélicos resultan tan fascinantes como espantosos sus efectos. Los estados continúan preparándose hoy para la guerra pese a declararse partidarios de promulgar leyes tendentes a proscribirla. Si se ven obligados a combatir, insisten, lo harán solo en apoyo de las más justas causas, como último recurso y de la manera más civilizada posible. En la cultura occidental, que no es en modo alguno única en este sentido, la percepción de esta dualidad ha calado muy profundamente, y por eso juzgamos que la guerra es una realidad terrible que en determinadas ocasiones puede constituir un deber noble y necesario. Definimos la guerra en función de esta dualidad, reconociendo que conlleva una violencia inevitable, pero resaltando que es preciso organizarla y dotarla de propósito. Los actos de agresión aleatorios, o los conflictos que se encauzan sin violencia, no son considerados guerras.

La principal crítica que puede hacerse a la guerra es que los objetivos a los que sirve jamás pueden justificar sus costes. Aun cuando puedan hallarse ejemplos de argumentaciones destinadas a refutar esta acusación, desde que en 1945 surgieron las armas nucleares los esfuerzos destinados a defender la guerra como fórmula para la resolución de conflictos se ha encontrado con grandes obstáculos. La posibilidad de que tales armas terminen empleándose en una tercera guerra mundial constituye una perspectiva catastrófica, y no solo para los países beligerantes sino para el conjunto de la humanidad. En un enfrentamiento de esas características no habría nobleza ni propósito, y la confusión y la discordia se elevarían a niveles inimaginables. Esta es una de las razones que animan a las grandes potencias a refrenar cualquier conflicto que pudiera dar lugar a otra gran guerra, pese a seguir actualizando sus arsenales militares y promoviendo las investigaciones cuyo objetivo es la creación de armamentos de nueva generación. No les ha resultado excesivamente difícil ponderar las probables características de una futura contienda y llegar a la conclusión de que no lograrían sobrevivir a sus consecuencias. Cuando en 1985 el historiador John Gaddis señaló este estado de cosas en 1985, acuñó la expresión «Larga Paz» para describir los años transcurridos desde el final de la segunda guerra mundial. En ese período han muerto millones de personas en conflictos violentos. Además, en ellos han intervenido muy a menudo las grandes potencias, pero se ha vivido con alivio que en ese lapso de tiempo no se haya declarado ningún choque directo entre ellas mismas.<sup>2</sup> Al alcanzarse tan horrendas cimas de destructividad, tal vez se haya posibilitado la abolición de las guerras entre las grandes potencias.

En la década de 1990, al llegar a su fin la guerra fría, creció el optimismo respecto a esa posibilidad. El hecho mismo de que la Larga Paz se mantuviera alimentó la idea de que la humanidad había aprendido de sus múltiples

guerras. El historiador John Keegan hacía la siguiente consideración: «Podría darse la circunstancia de que la guerra [...] esté dejando de presentar a los ojos de los seres humanos el aspecto de un medio deseable o productivo, y mucho menos racional, de conciliar sus diferencias». <sup>3</sup> El politólogo John Mueller sostuvo durante mucho tiempo una postura similar: «la guerra no parece ser una necesidad vital, como tampoco lo eran los duelos y la esclavitud». Se trataba de una «desdicha social» a la que, en algunas de sus facetas, cabía considerar también como «una afectación colectiva a la que no es obligatorio ceder». <sup>4</sup> En su libro *Los ángeles que llevamos dentro. El declive de la violencia y sus implicaciones*, publicado en 2011, el psicólogo cognitivo Steven Pinker, valiéndose de una gran variedad de fuentes, presentó un horizonte todavía más halagüeño. Sin prisas pero sin pausas, la historia humana iba apartándose del recurso violento como elemento con el que zanjar las disputas. <sup>5</sup> La razón de este curso evolutivo radicaba en el progreso normativo, dado que entre «los electorados más influyentes de los países desarrollados» existe la creciente «convicción de que la guerra es intrínsecamente inmoral debido a los costes que presenta en materia de bienestar humano». Partiendo de esta base, Pinker argumentaba que las guerras entre los estados de las naciones avanzadas acabarían teniendo el mismo destino de otros hábitos domésticos que, andando el tiempo, han pasado de ser «irreprochables a tenerse por inmorales, convirtiéndose así, primero en impensables, y más tarde en nociones que ni siquiera se nos pasan ya por la cabeza». Aquí añadía una larga lista de prácticas odiosas que, encabezada por la esclavitud y la servidumbre, continuaba con la evisceración y la quema de herejes, para rematarse con la flagelación y el castigo de carena (una pena particularmente desagradable de la marina europea consistente en pasar por la quilla a los marineros hallados culpables de un delito grave). <sup>6</sup>

Para respaldar esta tesis general, Pinker presentaba una serie de pruebas. La muerte del 15 % de nuestros antepasados primitivos se debía a causas violentas; en el siglo xvi esa proporción había descendido hasta situarse en torno al 2 %; y en el transcurso del siglo pasado, solo el 0,7 % de la población mundial falleció en combate.<sup>7</sup> Tras la publicación del libro, el Human Security Project, en el que trabaja un grupo de investigadores afiliados a la Universidad Simon Fraser de Canadá, confirmaba esta tendencia positiva. El número de guerras entre estados ha disminuido de un modo notable, pasando de seis al año en la década de 1950 (incluidas las contiendas anticolonialistas) a prácticamente una anual en la primera década del siglo xxi. Todavía más asombroso resulta que este equipo canadiense informe de que la cifra total de conflictos que se ha registrado a lo largo de este período haya caído en un 40% y de que los más mortíferos se hayan reducido en más de un 50%. En términos de víctimas mortales, el declive se revela aún más notable. En 1950, la tasa de mortandad anual de que se tenía constancia indicaba que, en el conjunto de la población mundial, de cada millón de personas, 240 fallecían por razones vinculadas con la guerra, mientras que en 2007 su número era inferior a 10 por millón. Aun teniendo en cuenta el crecimiento de la demografía global, y sin olvidar que la tendencia dista mucho de seguir un curso lineal, no deja de tratarse de un declive absoluto y no de una simple mengua relativa.<sup>8</sup> Y no solo los comentaristas habrían de hacerse eco de esta conclusión positiva, también los gobiernos.<sup>9</sup> Pinker tuvo buen cuidado de no dar la impresión de estar prometiendo que la humanidad se hallara en los albores de una «era de Acuario» en la que la violencia quedara suprimida.<sup>10</sup> Las múltiples combinaciones de personalidades, circunstancias y azares pueden ocasionar brotes imprevistos de muerte y destrucción. No obstante, la obra de Pinker actuó como un bálsamo. El propio autor reconocía que la si-

tuación podía experimentar cambios, y que estos tal vez se presentaran de manera abrupta, pero no existían razones para suponer que las cosas fuesen a evolucionar en esa dirección. «Desde el punto en el que observamos la tendencia general, la mayor parte de los acontecimientos se orientan hacia la paz.»<sup>11</sup>

Según la argumentación de Pinker, el declive que se aprecia a largo plazo en las tasas de homicidio intencional, en los índices de crueldad estatal y en la incidencia de conflictos bélicos es un reflejo del paulatino triunfo de nuestros «mejores ángeles» —como la empatía, el autocontrol y la moralidad— sobre los «demonios internos» de la violencia instrumental, la dominación, la venganza, el sadismo y la ideología. Esto ha venido verificándose de la mano de un «proceso civilizador».<sup>12</sup> Y los factores que han contribuido a que se materializara han sido el «comercio apacible», que fomenta el afianzamiento de unas relaciones internacionales basadas en la confianza; la «feminización», dado que las mujeres han sido históricamente menos beligerantes que los hombres; la «expansión de un círculo de empatía», que se produce debido a que las sociedades más cosmopolitas no solo no pueden desentenderse del dolor y los sentimientos del prójimo, sino que tampoco les resulta posible juzgarlos irrelevantes ni demonizarlos mediante su categorización como rasgos infrahumanos; y, por último, «la mecánica de la razón», que permite la crítica inteligente y culta de todas aquellas reivindicaciones que en otra época podrían haberse utilizado para justificar prácticas atroces. Lo que subyace a este argumento, por tanto, es una actitud escéptica respecto del poder del estado que es característicamente liberal, unida a una oposición al militarismo, al desprecio del mercantilismo, al respaldo de los movimientos de acción cooperativa y a la positiva valoración del internacionalismo.

Sin embargo, la tesis de Pinker choca con dos grandes problemas. El primero es de orden metodológico. El autor no centra su atención en el número de actos violentos efectivamente registrado, sino en las probabilidades de que, en un momento dado, un individuo vivo pueda sufrir una muerte violenta. Por consiguiente, el patrón de búsqueda gira en torno al porcentaje de la población mundial que se ve afectada por la violencia y los homicidios, además de por las guerras, medido en función del volumen de muertes por cada cien mil personas.<sup>13</sup> Tomando como base este criterio valorativo, Pinker se proponía mostrar que a lo largo de los siglos se había venido produciendo una persistente tendencia a la disminución de esa probabilidad de muerte violenta individual (aun incluyendo la segunda guerra mundial, que ha supuesto el más horrendo ejemplo de derramamiento de sangre de nuestra época). Pese a que los actos de violencia pretéritos pudieran haberse revelado menos letales en su momento, lo que sostiene Pinker es que, en términos relativos, afectaron a un mayor porcentaje de la población global. Pero aquí es donde entra en terreno resbaladizo. Como veremos, el abanico de estimaciones de víctimas mortales de la segunda guerra mundial es de una amplitud enorme, y Pinker no elige en modo alguno las cifras más altas. Es más: la velocidad a la que se produzcan las matanzas también es sumamente relevante. En épocas pasadas se perpetraron terribles actos de violencia, pero su verificación tuvo lugar en un dilatado período de tiempo.<sup>14</sup> Más seria es la objeción de que la disminución del número de muertos no se debe solo a la reducción de la violencia, sino también a la mejora de la atención sanitaria y los servicios sociales, lo que ha redundado en un incremento de la longevidad. El hecho de que haya un mayor número de personas vivas de más de cincuenta años disminuye el porcentaje de la población que puede mostrarse proclive a enzarzarse en una lucha callejera o a intervenir en acciones militares. Y con el paso del tiempo, el riesgo de perecer en